

BAHR AJDAR
MAR VERDE

MAHMUD SOBH
Universidad Complutense

Real Sociedad

Menéndez



Pelayo

SANTANDER

Conferencia leída en la Sociedad Menéndez Pelayo el 19 de mayo de 2005.

I.S.B.N.: 978-84-935227-6-6
Depósito Legal: SA-59-2008
DOI: <https://doi.org/10.55422/ppsm/51>
Edita: Sociedad Menéndez Pelayo
<http://www.sociedadmenendezpelayo.es>
presidente@sociedadmenendezpelayo.es

Resumen

No olvidemos que el califa al-Hakam II (915-976) “estaba cegado por el amor de Subh”, como afirma Ibn Hazm (994-1063) en su universal obra *Tawq al-Hamāma/El Collar de la Paloma*, traducida al español por Emilio García Gómez, con prólogo de José Ortega y Gasset¹³. Sin embargo, mucho más que su esposo el califa, Subh estaba cegada por el amor de Almanzor, que le introdujo en palacio y casi compartió el poder con él hasta su muerte, el año 999. Pero, ¿a qué viene el caso? El caso es que Subh era *baškansiyya*/vasca, nacida en el Golfo de Vizcaya con nombre de Aurora o Alba, que los árabes lo tradujeron por Subh; y que “el golfo” Almanzor estaba tan enamorado de Aurora hasta tal punto que llamara a su Mar Cantábrico tan amado por él: *Bahr Ajdar/Mar Verde*, nombre que existía antes pero con el tiempo se iba olvidando o mejor dicho no estaba en uso o era poco mencionado. No nos equivocamos, creemos, al titular nuestra conferencia: “Verde que te quiero verde”.

Abstract

Caliph al-Hakam II (915-976) “was blind for Subh’s love”, as Ibn Hazm affirms in his universal *Tawq al-hamama / El collar de la paloma*, a book translated into Spanish by Emilio

García Gómez, published with a prologue by José Ortega y Gasset. However, more than blinded by her husband, Subh was blinded by al-Mansour, who introduced her at court, eventually almost sharing power with him, until his death in 999. What is the point of this? The point is that Subh was a Basque, born in the Gulf of Biscay, she was named Aurora or Alba, and her name was translated into Arab as Subh; and the rascal al-Mansour was so much in love with Aurora that he used to call the Cantabrian Sea the *Green Sea*, a name which had been used before but was either neglected or very rarely used at the time. It is surely not a mistake to speak of the Cantabrian Sea under the title of the well known line from García Lorca's *Romancero gitano*: "Verde que te quiero verde." "Green, how I want you green".



O primero que ha de hacer un profesor –no me canso en repetirlo– es definir exacta, concreta y detalladamente todos los términos, en su lección, intervención, ponencia, conferencia, reseña, artículo, ensayo o libro, teniendo en cuenta, además, que en este nuevo siglo todo lo que se dice –a nivel científico o académico, se entiende– o se escribe –a todo nivel– tiene tres ejes, pilares o características, que son: el pequeño temario; el análisis; y la estadística, puesto que la temática grande; el discurso; y la retórica de los siglos pasados se han ido, con perdón, al “carajo” –al “carallo”, como se suele decir en gallego.

Bahr/Mar es un nombre –o calificativo, si se prefiere– que se deriva de la raíz, *bahara*, que etimológicamente quiere decir: amerizar, profundizar, ahondar; o de la raíz *bahira*, que significa: estar asustado, estar maravillado, estar con la sensualidad a flor de piel (la sensualidad es la característica más destacada de la Civilización árabe). *Al-Bahr* es el mar –o la mar, como se suele decir en el lenguaje marino o en el habla de los “hijos de la mar”, en expresión de Antonio Machado, y no olvidemos que Rafael Alberti compuso un poema sobre el mar y la mar. Asimismo, tenemos, de la primera raíz, la palabra en femenino *bahra*: estanque o zona con plantas; y el diminutivo *al-buhayra*/el

lago, como la Albufera de Valencia o Albufereta de Alicante –que es diminutivo valenciano del diminutivo árabe– o la Albufera de Sevilla.

Los geógrafos árabes, como Idrīsī (1100-1165)¹ e Ibn Hawqal (m. 977)², hablan de los Siete mares –asimismo de Siete regiones– en el Planeta. Sin embargo, no se ponen de acuerdo sobre cuáles son estos Siete mares, ni tampoco en cómo se llaman con exactitud. Ahora bien, los mares calificados con nombre de colores están mejor definidos y concretados: *Bahr Abyad*/Mar Blanco (el Mediterráneo); *Bahr Ahmar*/Mar Rojo; *Bahr Aswad*/Mar Negro; *Bahr Azraq*/Nilo Azul –por ser un gran río grande–; *Bahr al-Zulumāt*/Mar de las Tinieblas o *al-Bahr al-Muzlim*/el Mar Oscuro (Océano –palabra de origen fenicio que significa: oscuridades– Atlántico); y *Bahr Ajdar*/Mar Verde.

El verde es el color más preferido por el Profeta *Muhammad*/Mahoma (570-632), de aquí su elección del color verde para su estandarte y la bandera del Islam, símbolo que duró hasta el año 662, que fue cuando el fundador del Califato Omeya de Damasco, Mu^e āwiya ben Abī Sufyān (m. 680), lo cambia por el color blanco. Asimismo, dicho *jalīfa*/califa (sucesor) modifica luego el nombre de *al-Bahr al-Šāmī*/el Mar Sirio –*Mare Nostrum*, para los romanos– llamándolo: *al-Bahr al-Abyad*/el Mar Blanco, para reflejar las otras seis culturas del Mediterráneo, que son: la cananea –que incluye la fenicia–, la aramea –que incluye la siriaca–, la mesopotámica –que incluye la sumaria–, la griega –que incluye la helenística–, la latina –que incluye la romance– y la bizantina –que incluye la ortodoxa. Además de la árabe, que es síntesis de todas ellas, igual el color blanco que es la fusión de los siete colores del arco iris –y no la mezcla, que no es lo mismo, como muy bien nos enseña la *al-quīmyā*³/alquimia (química), tal como expusimos en nuestro artículo publicado en *Babelia* del Diario El País³.

Notas

¹ Idrīsī, *Nizhat al-muštāq fī ijtirāq al-āfāq*. –dos tomos–, Beirut, 1989.

² Ibn Hawqal, *Sūrat al-ard*. I tomo, Leiden, 1938; II tomo, Leiden, 1939; *Configuration de la tierra*, II tomo, París, 1964.

³ Mahmud Sobh, “Letras de color blanco”, *Babelia*, El País, 16 de octubre de 2004, p. 5.

El Profeta de los musulmanes eligió el color verde como seña y símbolo del Islam por las siguientes razones:

1^a) Es sinónimo del Paraíso (al-Judayrā^o –en diminutivo, no despectivo, sino más bien cariñoso y afectivo, como eran los diminutivos en la antigüedad, y como son en muchas hablas españolas, sobre todo en el habla andaluza, en la actualidad–, que es la Verdeante o la Verderona);

2^a) Es el color de la esperanza. Esto es exactamente lo que expresan muchos versos tanto árabes como españoles. Por ejemplo, la copla de Arbetefa –en la provincia de *Wādī l-hiṣāra*/Guadalajar (Río o Valle de la piedra):

“Dicen que el negro es luto
y el encarnado, alegría.
Vístete, niña, de verde.
Serás la esperanza mía.”;

3^a) Para diferenciarse de los colores –en señas y símbolos, claro está– de las demás religiones, sectas o tendencias: Judíos: Negro; Cristianos: Blanco; Asociadores –que asocian a Dios con otro (s) ente (s)–: Rojo; Bizantinos: Amarillo; Persas: Azul; etc.;

4^a) Es el color de todo lo vegetal que se siembra, brota, crece por **el agua**. Existen muchísimos arabismos referentes **al agua** en el español, como: ^c *uyūn*/aaiún –plural de ^c *ayn*/fuente u ojo de agua (tal como es en árabe)–; *al-fawwāra*/alfaguara (*surtidor de agua*); *al-ḥubb*/aljibe; *al-sāqiya*/acequia; *qanāt*/caná o canal; *maḥrā*/cauce, conducción, canal (*Maḥrā + it o īt –sufijo latín– = Maḥrīt/Madrid*, que quiere decir: múltiples *canales de agua*); *wād/guad* (*valle o río*); *al-buḥayra*/albufera; *bahra-na*/bahrainización: navegación en al-bahr/el mar. Junto a todos ellos crecen plantas, jardines, huertas, arboledas, busques etc. Y esto es lo que aspira a tener –por lo menos, a ver– una persona que vive en una tierra árida y seca o en el desierto, desierto de todo, nunca mejor dicho;

y 5^a) Lo verde es síntoma de la sensualidad –la sensualidad es la esencia de toda la Civilización Islámica. Así como **al-māo/el agua** es el elemento esencial de la Civilización Árabe (en la China, el aire, y en la Griega, el fuego) y todo lo relacionado con lo árabe – el amor árabe siempre surge, crece y se desarrolla por, en y con el agua, tema que desarrollamos y explicamos

en el curso de doctorado que vamos empuñando y enseñando desde siempre en el Departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la F. de Filología en la UCM.

¿Cómo llamaban los árabes al Mar Cantábrico?

Habría que preguntar antes, ¿cómo llamaban a la Península Ibérica?

Al-Andalus. Con este nombre llamaban no sólo a España y Portugal, sino también a la parte suroeste de Francia, es decir, el litoral francés del Golfo de Vizcaya y a la parte sureste, la Septimania y Côte d'Azur, la Costa *Lāzaward* (en árabe) > azul (en español) < *āzūrd* (en persa).

Y ¿qué significa al-Andalus?

1º) Todo el mundo –en España, queremos decir, y nos referimos a los arabistas e historiadores en general– cree que Ándalus viene de vándalus. Estos vándalus eran bárbaros (el calificativo bárbaros, no significaba en la antigüedad lo que entendemos en la actualidad con este calificativo despectivo: “salvajes”, sino que al principio quería decir los que no sabían hablar bien el griego, como los romanos; luego, éstos aplicaban –con desprecio, claro está–, este calificativo a los germanos por no saber hablar el latín –el habla de la gente de las afueras de Roma. Lo mismo sucede en árabe, *al-barbar*/los beréberes –la RALE, ya no la considera como palabra esdrújula, sino como llana: bereberes–: “*Barbara* en el lenguaje, no hablar el árabe de forma clara: = *a^c raba*”). Los vándalus atravesaron la Península Ibérica y, tras cruzar el Estrecho, que luego se llamó el Estrecho de Gibraltar, fueron a parar en el monte Atlas, en Marruecos y Argelia. De aquí que hayan muchos bereberes –rubios y con ojos azules– que, en realidad, son bárbaros del Norte de Europa. En cambio, los auténticos bereberes –morenos y con ojos negros o claros– son de origen cananeo, como afirman tanto el mejor geógrafo árabe al-Idrīsī como el mejor historiador y sociólogo árabe, “que nos dio las claves de la historia”, según José Ortega y Gasset: nos referimos al genial Ibn Jaldūn (1332-1406).

Nosotros creemos que, en la marcha de los bereberes desde Palestina hacia el Norte de África, construyeron tres capitales su-

yas, dándoles el nombre de su tótem, que era *al-Sūs*/el Gusano, de cuya *basq*/saliva se hacía la seda, que es lo más fino.

¿El nombre vasco viene de *basq*, teniendo en cuenta, además, que los árabes decían *Jalīy Basqāya*, en lugar de Golfo de Vizcaya; y considerando la teoría que remonta el origen de los vascos al Norte de África, desde Egipto hasta Mauritania, la provincia más occidental del Imperio romano, que llegaba desde Mauritania actual hasta *Tanṣa*/Tánger, de aquí mauro>mo-ro/occidental?

Allāh a^c lam/Dios es el que más sabe, como suele decir el mismo Ibn Jaldūn tras afirmar con toda seguridad cada una de sus ideas y conclusiones tan científicas y objetivas como las de Durkheim y Carl Marx en los que influyó (así en la dialéctica materialista, que corrige la otra, la idealista, y “pone sobre sus pies” la de Hegel, ya que la materia es anterior a la forma). La primera ciudad que los bereberes en su marcha fundaron fue *Suways*/Suez –en diminutivo afectivo–, en el Sinaí, junto a *al-Bahr al-Ahmar*/el Mar Rojo; la segunda, *Sūsa* –en femenino, cuando el sistema era matriarcal– en *Tunus al-Jadrāʾ*/Túnez la Verdienta, junto a *al-Bahr al-Abyad*/el Mar Blanco; y la tercera, *Sūs* –en masculino, ya el sistema es patriarcal– en Marruecos, junto a *Bahr al-Zulumāt*/Mar de las Tinieblas (Océano Atlántico).

2º) Nuestro compañero Joaquín Vallvé Bermejo, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Historia, expuso:

“Los musulmanes de la Edad Media aplicaron el nombre de al-Andalus a todas aquellas tierras que habían tomado del reino visigodo: la Península Ibérica, la Septimania francesa y las islas Baliares.

En un sentido más estrecho, al-Andalus comprende la parte de aquellos territorios dominados por el Islam. Conforme avanzaba la Reconquista cristiana, su extensión se iba reduciendo progresivamente y, a partir del siglo XIII, designó exclusivamente al reino nazarí de Granada. La prolongada resistencia granadina permitirá que se fije el nombre de al-Andalus y se perpetúe en el actual de Andalucía.

Algunos historiadores modernos relacionan el nombre de al-Andalus con los vándalos y suponen, sin ningún fundamento, que la Bética pudo llamarse en alguna ocasión Vandalicia.

Y concluyo diciendo: “Nuevas investigaciones en las fuentes árabes, filosóficas, geográficas e históricas y un estudio exhaustivo de las fuentes grecolatinas, podrán reforzar mi teoría sobre la etimología de al-Andalus, que yo derivo de la Atlántida”⁴.

3) Nosotros, sin embargo, creemos que se deriva de ^cAdn> ^cAdan/Adén, que es el Paraíso en árabe, más el sufijo del diminutivo de afectividad en latín, *olus>lus*, y que no se olvide asimismo que /lus/ significa extremo de *al-Garb*/el Garbe (o Garve, en portugués) que es la parte Occidental de la Península Ibérica, de aquí, lusitano, natural de Lusitania, que comprendía todo Portugal al sur del Duero, y parte de Extremadura –como hemos expuesto en nuestra obra: *Historia de la Literatura Árabe Clásica*⁵.

Concluimos en forma gráfica y matemática diciendo:

^cAdn> ^cAdan>Adan>Anda+lus=Andalus/Pequeño Paraíso Occidental

Ahora bien, los árabes llamaban al Mar Arábigo, que comienza concretamente desde ^cAdan/Adén (Paraíso), en el *Yaman*/Yemen –la Arabia Feliz, que llamaban los griegos–, al sur de *al-Bahr al-Ahmar*/Mar Rojo, justo en el cabo de *Bāb al-Mandab*/Puerta de la Lamentación hasta el Oceano Índico: *al-Bahr al-Ajdar*/ el Mar Verde⁶.

Entre las muchas teorías e hipótesis del por qué los árabes conquistaron la Península Ibérica, hay una teoría geopolítica que afirma que los árabes querían atravesar *al-Ard al-Kabīra*/la Tierra Grande, que es Europa –teoría de Ibn Jaldūn, que nosotros compartimos–, para conquistar Constantinopla, la capital de los *Rūmīes*/Bizantinos –en este caso–, por no haber podido conquistarla ni por mar ni por tierra, desde Siria o Asia Menor, en la orilla oriental de *al-Bahr al-Abyad*/el Mar Blanco. Esta “Operación Tierra Grande” –que asimismo en su día había diseñado

⁴ Joaquín Vallvé Bermejo, “El nombre de al-Andalus”, *Al-Qantara*, vol. IV, fascas, 1 y 2, Madrid, 1983.

⁵ Mahmud Sobh, *Historia de la Literatura Árabe Clásica*. Edición Cátedra, Madrid, 2002, Edición Cátedra, p. 739.

⁶ Emilio Tornero Poveda –traductor–, *La disputa de los animales contra el hombre*. Madrid, 1984, p. 26, nota 3.

el cartaginés *Hānī-Ba^cl* /Aníbal para vencer a su terrible rival, Roma– fue muy acertada como estrategia, teniendo en cuenta, además, otro dato histórico-geográfico que es el siguiente: Constantinopla fue conquistada por el sultán otomano Muhammad II, llamado precisamente *al-Fātih*/el Conquistador, el 29 de mayo de 1453 –día del comienzo de la Edad Moderna–, por la parte oeste concretamente, por el Cuerno de Oro exactamente, en la península de Pera precisamente.

Existe otra teoría, más bien “geopoética”, que dice que los musulmanes aspiraban llegar al Paraíso. Pero, ¿cuál, El Paraíso Celestial o El Paraíso Terrenal?

Ambos Paraísos, creemos nosotros: el Paraíso Terrenal, desde *Adn* > *Adan*/Adén (Paraíso) y *al-Bahr al-Ajdar*/el Mar Verde, que es el Mar Árabe, hasta el fin del mundo –el “viejo” mundo, claro está–, que es *al-Andalus*/el Paraíso Occidental. Tras atravesar el Valle del Nilo –que es el Paraíso Oriental, como llamaban los griegos a Egipto, y también los árabes: “... su tierra es de oro...”– e *Ifrīqia*/África, que es Túnez, llamada por los árabes: *Tūnus al-Jadrā*°/Túnez la Verdeante, se llega, cruzando el Estrecho, a *al-Andalus*/el Pequeño Paraíso Occidental, por *al-Ŷazīra al-Jadrā*°/la Isla Verde (Algeciras).

Y el Paraíso Celestial, al que se asciende desde al-Andalus, por dos vías o caminos –o escalas, si se prefiere–: Yendo por el sur desde al-Ŷazīra al-Jadrā° para cruzar *Bahr al-^c Udwa*/Mar de la Vertiente de *Madīq Ŷabal Tāriq*/Estrecho de Gibraltar, al cual alude *El Corán* –creemos nosotros, y la hipótesis de las dos vías o escalas es producto de la imaginación poética nuestra, ¡que así conste!:

“Hace [Allāh>Alá (Dios)] confluir los dos Mares [*al-Bahr al-Abyad*/el Mar Blanco (el Mediterráneo) y *al-Bahr al-Muzlim*/el Mar Oscuro –por las Tinieblas– (el Atlántico)], que se encuentran, mas les separa Barrera [el Estrecho] que no rebasan. ¿En cuál, pues, de las evidencias de vuestro Señor no creéis? De ambos [Mares] provienen la perla y el coral. ¿En cuál, pues, de las evidencias de vuestro Señor no creéis? Suyas son las embarcaciones que emergen en el mar como cerros [por las velas izadas]. ¿En cuál, pues, de las evidencias de vuestro Señor no creéis? Todo aquello que está sobre Ella [la Tierra] es mortal, mas subsis-

te el Semblante de tu Señor, poseedor de la Majestad y la Honorabilidad. ¿En cuál, pues, de las evidencias de vuestro Señor no creéis?”⁷.

Esta primera vía al Paraíso Celestial sigue hacia la ciudad de *Titwān*/Tetuán (que en bereber significa: Fuentes de agua) hasta *al-^c Uyūn*/el Aaiún, la capital de *al-Sahrā^o*/la Sahara Occidental (que en árabe quiere decir: Fuentes de agua), para luego navegar en bahrainización hasta *al-Ŷuzur al-Jalidāt*/las Islas Eternas –nombre que aplicaban los árabes a las Siete Islas Afortunadas, que son las Islas Canarias⁸.

La mejor escala –en imitación de *la Escala de Mahoma*, que fue el origen de la *Divina Comedia* de Dante, según Miguel Asín Palacios en su *La Escatología musulmana y la Divina Comedia de Dante*⁹ que asciende desde *al-Andalus*/el Paraíso Occidental hasta *Ŷannāt^c Adn*/el Paraíso Celestial se inicia yendo por el norte de España hacia *al-Bahr al-Ajdar*/el Mar Verde, que es el Mar Cantábrico.

Con este nombre tan poético: *Bahr Ajdar*, lo llama el escritor cordobés –muy andalusí–, al-Šaqundī (m. 1232) en su aguda e interesante *Risāla*/Epístola (traducida al castellano por nuestro llorado maestro Emilio García Gómez, *Elogio del islam español*, 1934), que recoge el autor argelino al-Maqqarī (m. 1632) en su obra –de 9 tomos, editada en Beirut, 1968, por nuestro otro llorado maestro, el erudito palestino Ihsān^c Abbās: *Nafh al-tīb*¹⁰–, en la que dice:

“Uno de los florones de su imperio fue al-Mansūr ibn Abī^c Āmir [Almanzor, m. 10 de agosto de 1002] ¡Qué prodigio el de este hombre, que en sus incursiones por tierra de cristianos llegó hasta el Mar Verde...!...”¹¹.

⁷ *Sūrat al-Rahmān*/Azora del Clemente, *Āyas/Aleyas* 19-27.

⁸ Mahmud Sobh, “Al-Ŷazā^oir al-Jālidāt/Las Islas Eternas/Afortunadas en *Alf Layla wa Layla/Las Mil y Una Noches*”, *Anaquel de Estudios Árabes*, 12-2001, pp. 688-718.

⁹ Miguel Asín Palacios, *La Escatología musulmana y la Divina Comedia de Dante*, 2ª ed. Madrid, 1943.

¹⁰ Maqqarī, *Nafh al-tīb*. Beirut, 1968, I, p. 276; y III, Beirut, 1988, p. 189.

¹¹ Emilio García Gómez, *Andalucía contra Bebería. La Epístola de al-Šaqundī*. Barcelona, 1976, p. 71.

Al-Šaḡundī, con *al-Bahr al-Ajdar* se refiere al Mar Cantábrico, y no al Océano Atlántico¹² que los árabes llamaban: *Bahr al-Zulumāt*/Mar de las Tinieblas. Almanzor en todas sus incursiones –56 aceifas– no llegaba al *Atlántico* de Portugal o de Galicia, *sino se detenía en las afueras de* Santiago de Compostela, que respetaba y *alcanzaba* el Cantábrico, que admiraba y amaba:

“Verde que te quiero verde”.

No olvidemos que el califa al-Hakam II (915-976) “estaba cegado por el amor de Subh”, como afirma Ibn Hazm (994-1063) en su universal obra *Tawq al-Hamāma/El Collar de la Paloma*, traducida al español por Emilio García Gómez, con prólogo de José Ortega y Gasset¹³. Sin embargo, mucho más que su esposo el califa, Subh estaba cegada por el amor de Almanzor, que le introdujo en palacio y casi compartió el poder con él hasta su muerte, el año 999. Pero, ¿a que viene el caso? El caso es que Subh era *baškansiyya*/vasca, nacida en el Golfo de Vizcaya con nombre de Aurora o Alba, que los árabes lo tradujeron por Subh; y que “el golfo” Almanzor estaba tan enamorado de Aurora hasta tal punto que llamara a su Mar Cantábrico tan amado por él: *Bahr Ajdar/Mar Verde*, nombre que existía antes pero con el tiempo se iba olvidando o mejor dicho no estaba en uso o era poco mencionado. No nos equivocamos, creemos, al titular nuestra conferencia: “Verde que te quiero verde”.

Pero nunca jamás habrá que pensar en ir al Otro Mundo por *al-Garb*/el Occidente (Garve, en portugués) hacia *Bahr al-Zulumāt*/el Mar de las Tinieblas (Océano Atlántico), porque es el Mar Oscuro “que no se sabe lo que hay detrás de él” –según Idrīsī¹⁴. Y es *Yahannam*/el Infierno. Quién se arriesga en querer atravesarlo para descubrir el mundo que existe detrás, no va a ninguna parte y no retorna a tierra, a menos que se salve llegando a las islas de Cabo Verde. Y quizás llegue al “Continente Oscuro”, tal como dibuja el mayor cartógrafo y geógrafo de la

¹² Ibíd. “Uno de los nombres con que los árabes designan al Océano Atlántico”, nota en p. 71.

¹³ Ibn Hazm de Córdoba, *El Collar de la Paloma*. Madrid, 1992, p. 100.

¹⁴ Idrīsī. Op. cit. I, p. 17.

Edad Media, el ceutí Idrīsī en su mapa que fue el primer mapa árabe –pasándose en Ptolomeo. Idrīsī pinta con color muy negro la parte desconocida de La Tierra, que es la mitad del Planeta, con el fin de que haya equilibrio en **La Tierra Redonda** (¡antes de Galileo!).

Es lo que trata de explicar la Duquesa de Medina Sidonia, María Isabel Álvarez de Toledo tanto en su libro, *No fuimos nosotros*, como en su enorme obra *África versus América*, al hablar del descubrimiento de América por los fenicios y por los árabes. Mucho antes de Colón, que seguramente este aventurero y ambicioso italiano había leído el libro de Idrīsī y visto su mapa, que en el año 1154 dedicaba su obra de geografía al príncipe normando de Sicilia, Roger II, muerto precisamente al final de este mismo año, 1154; en cuanto al ceutí al-Idrīsī, que se educó en Córdoba antes de trasladarse a Túnez, pues murió en Palermo concretamente, doce años más tarde, en el año 1166. “Con al-Idrīsī la cartografía se acerca a la astronomía, tomando cuenta de latitudes y longitudes para situar los elementos geográficos, mientras se manifiesta un deseo de realidad en la configuración de las costas y contornos. El conjunto se parece a una proyección de Mercator. Nótese la costumbre de todos estos mapas de colocar el sur en la parte superior, con la cual el occidente cae a la derecha del lector, de modo que al principio es bueno invertir la posición para hacerse cargo. Al-Idrīsī hizo dos ediciones parecidos de sus trabajos cartográficos. La primera, y la mayor, consistía en un grande planisferio, “imago mundi”, grabado en plata, con un comentario titulado *Nuzhat al-muštāq fī ijtirāq al-āfāq*, recreo del que desea atravesar los horizontes. No es fácil decidir si la “imago mundi” grabada en la grande plancha de plata era el planisferio general del atlas, o si era el mismo atlas completo, el cual consistía en setenta mapas, cada uno de los cuales representaba la décima parte de uno de los “siete climas”; por yuxtaposición, cosa nueva entonces, se obtenía una carta ptolemaica completa del mundo conocido. Konrand Millar ha hecho una magnífica edición, *Mappae Arabicae*, Stuttgart, 1931/1350, de los mapas árabes conservados hasta ahora”¹⁵.

¹⁵ Félix Pareja, *Islamología*. Madrid, 1952-1954, II, p. 912.

En cuanto a la historia-historieta tragicómica de los Mugararūn/Engañados que eran ocho primos hermanos que en un barco zarparon desde Lisboa y se echaron a *Bahr al-Zulumāt*/Mar de las Tinieblas que es el Océano Atlántico, con el fin de hacer *bahrana*/bahrainización (que es un arabismo: navegación) y descubrir la otra parte de la balanza del Planeta: “América” –de la cual también habla el genial Idrīsī¹⁶– pues, será un “cocantar”: contar-cantar, que les prometimos pronunciar cuando proceda.

De acuerdo, aquí estamos mezclando historia con historieta, geografía con fantasía, prosa con poesía y realidad con deseo. Pero, ¿dónde está la verdad absoluto?, ¿qué es la ciencia exacta? y ¿quién es el sabio que sabe todo? Es más, creemos que *Allāh*/Alá (nombre en femenino morfológicamente, cuando el sistema era matriarcal en toda *Al-ʿAzzīra al-ʿArabiyya*/La Península Árabe: Diosa, que se deriva del nombre –en masculino– Él, que era el Dios nuestro, de los cananeos, el Dios de la Fertilidad, que es el Paraíso) existe mientras exista el misterio, y cuando *al-insān*/el ser humano (etimológicamente, el ser amable y agradable) llegue –después de millones de años, quizás de siglos– a descubrir la Verdad Absoluta, que es Dios, acabará el Universo, es decir la Vida, en mayúscula.

Por todo ello, el ser humano quiere vencer la muerte. ¿Cómo? Existen sólo dos soluciones: Ser creyente –en Dios o en alguien o algo– o no ser creyente en nadie ni nada. Lo explico: 1) No ser creyente en nadie o nada, porque la muerte no existe. Porque todo ser está muriendo mientras vive y cada instante en el tiempo suyo es vivir muriendo, o viceversa: morir viviendo, y así continuamente. Y cuando termina este dilema de vivir-morir viene la Nada. *El ser y la Nada* de Sartre, el mejor pensante –y no digo pensador– del Existencialismo ateo. 2) Ser creyente, es decir, creer que existen dos vidas: una en la tierra, en el planeta, en esta tierra, en este mundo y otra segunda vida en la Otra Vida, en el Más Allá. La buena persona será premiada y recompensada con el vivir eternamente en el Paraíso; y la mala persona será castigada y condenada con el vivir muriendo o el morir viviendo incesantemente en el Infierno.

¹⁶ Idrīsī, Op. cit. II, pp. 548-549.

Cuando los árabes llegaron a España, el año 711 –o, más exactamente, el año 708 cuando conquistaron las Islas Baleares o el año 710 cuando vinieron expertos en todas las ramas del saber, bajo el mando de *Tarīf*/Tarifa para conocer el terreno, el clima, las alternativas posibles, etc.–, al primer punto del sur de España, al-Andalus, el Paraíso Occidental lo llamaron: *Al-ʿĠazīra al-Jadrāʾ*/Algeciras, que quiere decir: La Isla Verde o La Península Verde, porque tuvieron la seguridad de estar ya en el Paraíso, que es el fin del Mundo (Antiguo, antes de descubrir el Mundo Nuevo).

Y cuando llegaron al último punto del norte de España, contemplando el Mar Cantábrico, que está verde tanto al rayar el alba, a la hora de la aurora, como en la puesta del sol, a la hora de ocaso, exclamaron todos: “*Allāh Akbar*/Dios es el Más Grande; ¡*Mā sāʾa Allāh!*/¡Qué maravilla hizo Dios! ¡*Wa šāʾa Allāh!*/¡Ojalá! ¡Ojalá! (¡Y que Dios quiera!) que les conduzca al Paraíso Celestial, y lo llamaron:

Al-Bahr al-Ajdar/El Mar Verde.

Estoy pronunciando esta conferencia en esta maravillosa ciudad, Santander, la del ilustrísimo autor y celebrérrimo erudito Menéndez Pelayo y de otros tantos grandes escritores, poetas e historiadores, como mis llorados amigos Gerardo Diego y José Hierro o como José Luis Hidalgo, cuya dramática y profunda poesía sobre el vivir-morir tradujo al árabe, o como José María de Cossío, uno de los mejores amigos de nuestro maestro Emilio García Gómez, del cual me honro en ocupar su Cátedra de Lengua Árabe, la n^o I, en la Universidad Complutense de Madrid. Estamos junto al impresionante panorama de este Mar Verde, que tanto al amanecer como al atardecer es “verde que te quiero verde” –como así nos afirma, aunque por vía indirecta, a través de un compañero nuestro, José Pérez Castro (Director del RIDEA: Real Instituto de Estudios Asturianos), que gozaba al ver cada atardecer e incluso en alta mar un rayo verde, frente a la playa de Oviedo– en el que se percibe visualmente un color verde y fresco y una sensación sensual o sexual, depende de cada cual.

“Verde te quiero verde”, del genial poeta granadino Federico García Lorca –que muchas veces iba a *Al-Hamrā* /la Al-

hambra (La Roja) para acordarse de su mejor amigo: *Abū ° Abd Allāh al-Sagīr*/Boabdil o a *Yannāt al-° Arīf*/ Generalife (los Paraísos del Alarife/el Jefe de los arquitectos), y para quien Granada era, parafraseando el de Rojas, “Paraíso cerrado para muchos”. En un congreso internacional sobre su obra, celebrado en la Biblioteca Nacional de Madrid, hace muchos años, pregunté al final de mi ponencia sobre “La temática árabe y los arabismos en la obra de Lorca”, a los otros ponentes, venidos de casi todo el mundo, qué se entiende por verde en este verso de Lorca. Y todos afirmaron: color verde. Solamente en árabe y en español, tiene además del color, este sentido erótico, igual que el huerto, que es verde, o el río, cuyas orillas son verdes o en, este caso, un mar en donde no sólo las playas, costas, litorales, *yannāt*/jardines (=Paraísos, que etimológicamente quiere decir los que están ocultos –o tapados– por arboleda verde, plantas verdes, hierbas verdes) son verdes, así como las praderas; o el monte o la montaña –nunca mejor dicho, en este caso, a los muy nobles e ilustres montañeses, que son ustedes–, la misma mar, el oleaje o superficie son asimismo verdes.

Conviene también, sacar aquí a colarías la frase “vegetación cupriosa” (de significado erótico) y que la palabra española lujuria proviene del latín, *luxus*, que quiere decir vegetación, y que existe, en castellano, o como reza la copla alcameña de Arbete-fa de Guadalajara:

“Desde que te fuiste, Pepe,
el huerto no se ha regado.
La hierbabuena no crece
Y el perejil se ha secado.
A la mar yo me iría,
Pepe querido.
A la mar yo me iría,
Pa’ estar contigo”.

Decimos que no es el momento de habarles de todo lo que los andalusíes o árabes en general decían en la Edad Media o dicen en la Edad Moderna, tanto en poesía como en prosa, del al-Andalus, *al-Firdaws al-Mawfūd*/el Paraíso Hallado por ellos, que luego lloraron y aún lloraran en mucha poesía y prosa, tras

la reconquista que comenzó el 25 de mayo de 1085 con la pérdida de *Tulaytula*/Toledo y acabó el 25 de noviembre de 1491 con la firma del Acta de rendición y entrega de las llaves de *Garnāta*/Granada a Fernando V, esposo de Isabel La Católica, los reyes de España, por parte de Boabdil, que luego abandonó su Granada exclamando: “¡Ay de mi *al-Hāma*/Alhama” y recordando el verso de su madre, ^c *Āiša*/Aicha:

“Llora, ¡hijo mío!, como las mujeres, un reino perdido, que, como los hombres, no has conservado ni defendido”.

Los árabes, desde entonces, llaman a al-Andalus *al-Firdaws al-Mafqūd*/el Paraíso Perdido.

Solamente como *jarŷa*/jarcha (salida; remate en español, ‘conclusion’ en francés, ‘ending’ en inglés) voy a recitar algunos versos del gran poeta de la otra isla, *Al-Ŷazīra*/Alcira, Ibn Jafāŷa (En el día 19 del mes pasado, mayo, estuve en ‘L’Institut des Langues et Civilisations Orientales’ de París, como miembro del tribunal en la lectura de una tesis doctoral de una doctoranda francesa sobre la descripción de los paisajes en este poeta valenciano, apoyándose la doctoranda en mi libro trilingüe: árabe, castellano y valenciano, de la poesía de Ibn Jafāŷa (1058-1139)¹⁷.

En cuanto a mi poesía, a mi CantaArabia –parafraseando el nombre de la editorial de nuestra compañera cántabra Carmen Ruiz– les voy a recitar: una *qasīda*/casida (poema), en la que imagino a mi amada, la de las verdes praderas; un poema –escrito en castellano–, en el que lloro una palmera perdida en el Cantábrico; y un soneto, en el que lloro los marinos muertos, tanto asturianos como cantabros en el Mar Cantábrico, que ya no era *al-Bahr al-Ajdar*/el Mar Verde para mí en aquel momento. Soneto que leí en al-Talāi ^c /Atalya de Candás, a las cinco en punto del amanecer de hace exactamente veinte años:

El Paraíso hallado –de Ibn Jafāŷa

“¡Oh, gente de al-Andalus, qué dichosos sois!
Agua, sombra, ríos y árboles.

¹⁷ Mahmud Sobh, *Ibn Jafāŷa de Alcira*. Valencia, 1986, pp. 10-11.

El Paraíso de la Eternidad
no está más que en vuestra patria.
Si escogiera,
este Paraíso Terrenal elegiría.
No temáis entrar en el Infierno:
No se castiga con la desdicha
a quienes ya viven en el Paraíso Eterno”.

La de verdes praderas

Antes de dormir tornan al recuerdo
las horas menudas que pasaron deprisa.
Y otra vez aparecen el temblor del encuentro
y de la despedida la sonrisa.

Sobre mi almohada revolotean las pestañas
de la dueña de las verdes praderas.
Y suena la voz de mi almohada mientras el corazón
tiernamente se dispone a escucharla.

Y declaro lo que la timidez me impidió
pronunciar cuando nos encontramos.
Pero siento a la amada a mi lado
y otra vez me arrebató el habla la vergüenza.

Murmuro las palabras por dentro,
y al ritmo que mi sangre las toca.

Que te amo: murmullo de párpados,
y roce de los bordes del vestido.

Una palmera junto al Mar Cantábrico

¿Qué viento te acercó a esta lejana tierra
a la que ningún camello, ningún caballo árabe, osara
[penetrar?
¿Quién te plantó ante el mar agresivo y el monte

[resistente,
 en este lugar del Cantábrico que recuerda a miles don
 [Pelayo?
 ¿Cómo estás rodeada de tantos amigos que buscan el
 [cobijo de tu nombre?
 ¿No añoras a tu gente? ¿Cómo no sientes del desierto
 [nostalgia?

¡Oh símbolo de mi niñez, de la añoranza mía!
 ¡Oh rayo verde que te levantas entre la mar y el cielo
 y hoy me acerca el mensaje de mi tierra perdida!

Los mártires del Mar Verde

Viento en ataque atroz, ¡madre!, furioso
 lanza sus flechas. Olas de la muerte
 sacuden esta barca mía, fuerte.
 Bajo el cielo hostil, luto lluvioso.

¡Madre!, evoco la imagen tuya ansioso,
 y apoyándome en ti quizás, al verte,
 mi vela podrá alzar mástil inerte.
 Mas, ¿cómo evitar oleaje monstruoso?

¡Éste, Cantábrico! ¡Aquí siembra el Sino
 la muerte en cualquier mar, en el camino.
 Fatal fin es por siembre vuestra vida!

¡Qué aventura es la vuestra! Errar jornada
 tras jornada, por mar dura y amada.
 ¡Madre!, adiós, heme aquí como suicida.

“Echa vino, montañés, que lo paga Luis de Bargas” –como
 dijo el poeta gaditano Fernando Villalón, buen amigo del san-
 tanderino José María de Cossío, que tradujo al árabe¹⁸–
Salām/Paz.

¹⁸ Mahmud Sobh, *Fernando Villalón. Poesía*. Madrid, 1976, pp. 60-61.

El Agradecido/*Mahmūd* soy yo, y Alba o Aurora/*Subh*, que es Sobh, mi otro yo, mi apellido, que no es como viene en *Don Quijote*: “Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo”¹⁹, sino es de los Campesinos de *Bahr al-Ŷalīl*/Mar de *Galilea*, llamado también: *Buhīrat al-Ŷalīl*/Lago de Galilea o *Buhīrat Tabariyyā*/Lago de Teberíades o Lago de Genesart; y no digo lo que dice el refrán español, citado asimismo en *Don Quijote*²⁰ –sólo subrayamos lo que viene dicho: “Tres cosas hacen al hombre medrar: Iglesia y mar y casa real”, sino el proverbio hispanoárabe, como yo mismo: “Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña”. Mi apellido que significa Alba, que es el mejor momento del día para decir, pero en voz muy baja, casi en susurro, por si acaso: “Verde que te quiero verde”, contemplando mientras dure el acto –que cuanto más dure es mejor–, antes, en, después vuestro hermoso Mar Verde.

¹⁹ Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Real Academia Española. Asociaciones de Academias de la Lengua Española, Madrid, 2005, p. 116.

²⁰ *Ibíd.* P. 400.

